



INTRODUCCIÓN

Francisco Sosa nació en la ciudad de San Francisco de Campeche —hoy capital del estado del mismo nombre—, el 2 de abril del trágico año de 1848. Fueron sus padres José Domingo Sosa y Manuela Escalante. En verdad fue dramático ese año para los mexicanos, pues la guerra con Estados Unidos de Norteamérica le costó al país la pérdida de una gran extensión de territorio al norte del Río Bravo. El tratado de Guadalupe Hidalgo que se firmó el 2 de febrero de ese año no sólo le amputó tierras al país, sino que lastimó profundamente su orgullo de país independiente.¹

Campeche, a mediados del siglo XIX, formaba parte de Yucatán. Toda la península yucateca sufrió doblemente por esos años, ya que a la incertidumbre de lo que traería la guerra extranjera, había que agregar la problemática local. La Guerra de Castas se encontraba en pleno auge y los indios mayas tenían cercada a la población blanca y mestiza. En efecto, los yucatecos, sin auxilio del presidente Santa Anna y su gobierno centralista, estuvieron a punto de ser prácticamente expulsados de la Península por la sangrienta lucha. Un buen número de ellos, ante la falta de respuesta del gobierno central, llegó inclusive a considerar la posibilidad de recibir ayuda directa de los Estados Unidos. Afortunadamente para los mexicanos, la Guerra de Castas se contuvo y la invasión norteamericana cesó después de que los Estados Unidos lograron una considerable expansión territorial.

La actitud de los yucatecos podría a simple vista parecer un acto antipatriótico, en particular durante los días de la invasión norteamericana a México, pero en realidad no demuestra sino el estado de desesperanza y abatimiento en que se encontraban.²

¹ Senado de la República: *Tratados Ratificados y Convenios Ejecutivos Celebrados por México*, t. I, (1882-1883), México, 1972, p. 203.

² Para mayor información sobre esta etapa, cfr. Sierra O'Reilly, Justo: *Diario de Nuestro Viaje a los Estados Unidos* (La pretendida anexión de Yucatán), Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, México, 1938.

También en Campeche y en ese año de 1848, nació otro mexicano que habría de llegar muy lejos en la vida cultural y política del México porfiriano: Justo Sierra Méndez. Durante su infancia, tanto Sierra como Francisco Sosa dejaron el solar nativo para irse a estudiar, cada uno por su lado, a Mérida, Yucatán.³ Ahí, ambos también, se distinguieron como buenos estudiantes y precoz escritores y periodistas. En Mérida, Sosa estudió filosofía, latinidad y derecho. Paralelamente, publicó sus primeros poemas a los 14 años en el periódico *La Esperanza* (1864) y, dos años más tarde, su primer libro vinculado con el arte histórico-literario de la biografía. Se trató de un *Manual de Biografía Yucateca*, con el pie de imprenta de J. D. Espinosa e hijos, Mérida, año de 1866.⁴

A los 20 años de edad, pudo Sosa demostrar sus ideas liberales en la ciudad de México en la cual, al restaurar Benito Juárez la República en 1867, pasó a residir por algún tiempo. En la capital del país, el joven Francisco Sosa se volcó hacia el periodismo literario y de opinión. Participó en revistas como *La vida de México*, *El Renacimiento* y *La Revista Universal*. También en periódicos como *El Federalista* y el *Radical*, que fundó en 1873 con Vicente Riva Palacio, el célebre “político entre los escritores y escritor entre los políticos”, como solían decirle por entonces. Este liberal habría de proteger a Francisco Sosa en más de una ocasión en su vida política y literaria.

Regresó Sosa por un breve periodo a Mérida y fundó ahí en 1869, con Ramón Aldana, la *Revista de Mérida* y colaboró en el *Álbum Meridiano*, pero sus ideas políticas, de crítica al gobierno local, lo llevaron a la prisión de San Juan de Ulúa por unos años. En 1876, con el triunfo de la Revolución de Tuxtepec que encabezó el general Porfirio Díaz y que terminó con la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada, pudo Francisco Sosa salir en libertad.⁵ Regresó entonces a la ciudad de México. Fue prefecto de Coyoacán, donde estableció su casa habitación en la misma calle que hoy lleva su nombre. Años más tarde, en

³ María y Campos, Alfonso de: “Porfirianos Prominentes” en *Historia Mexicana*. Abril-junio 1985, Núm. 136, El Colegio de México, México, p. 610.

⁴ Carrete, María Rosa: “Semblanza de Directores de la Biblioteca Nacional de México” en *Suplemento al Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 18-19. UNAM, México, 1986, p. 21.

⁵ *Enciclopedia de México*.

1890, escribió un bosquejo histórico de Coyoacán. Publicado por la Secretaría de Fomento, además de erudición, su ensayo denota el cariño que el autor sentía por ese histórico y otrora tranquilo aledaño de la capital.

Fue a partir de su llegada a la ciudad de México cuando se dedicó con más ahínco a sus tratados biográficos. Éstos lo convirtieron, al cabo, en uno de los escritores más prolíficos y respetados del Porfiriato.

Desde 1871, Sosa había escrito su novela histórica *Magdalena* y, en 1877, sus *Doce Leyendas*, que le publicó la Editorial de *La Patria*, periódico a cargo del ilustre periodista Ireneo Paz.⁶ A partir de 1877 sus escritos fueron casi todos de orientación biográfica o histórica. El primer gran tratado o compendio de vidas ilustres del que se han tomado diversas páginas para abrir la sección antológica de esta publicación fue *El episcopado mexicano*, (Biografías de los ilustrísimos señores arzobispos de México), editado por Hesiquio Iriarte y Santiago Hernández en la Imprenta de Jens y Zapiaín. Seis años más tarde publicó en dos volúmenes, sus *Efemérides históricas y biográficas*, en la Tipografía de Gonzalo A. Esteva, Editorial de *El Nacional* (1883).

Al año siguiente, 1884, aparecieron *Biografías de Mexicanos Distinguidos*, *Los Contemporáneos* (datos para las biografías de algunos mexicanos distinguidos en las ciencias, en las letras y en las artes) y *Anuario Biográfico Nacional*. De la primera de estas obras, publicada por la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, se han escogido también algunos textos para esta antología. La segunda obra mencionada fue publicada por la antes citada Imprenta de Gonzalo A. Esteva y la tercera por la Imprenta de *La Libertad*, el espléndido periódico que fundó don Justo Sierra con su hermano Santiago y otros ilustres escritores de corte positivista, bajo el enfoque ideológico de “periódico liberal-conservador”.⁷ Al año siguiente, 1885, salió a la luz *Biografías de naturalistas mexicanos* (D. José Alzate y Ramírez, D. José María Mucíño, D. Pablo de la Llave, D. José Apolinario Nieto,

⁶ Ireneo Paz, periodista liberal que apoyó a Porfirio Díaz desde su periódico *La Patria*, fue padre del intelectual zapatista Octavio Paz Solórzano y abuelo del poeta Octavio Paz, fundador de la Revista *Vuelta*.

⁷ *La Libertad* se definió, tal como se cita, como un periódico liberal-conservador y de corte positivista. Apoyó a Porfirio Díaz desde su fundación hasta su desaparición, polemizando contra católicos y jacobinos por igual.

D. Miguel Bustamante, D. Joaquín Dondé) en *Naturaleza*, periódico científico de la Sociedad Mexicana de Historia Natural. Como esfuerzo para estrechar las relaciones entre los intelectuales hispanoamericanos, Sosa dio a la imprenta, en 1890, *Escritores y Poetas Sudamericanos*, aparecido igualmente en la Tipografía de la Secretaría de Fomento.

Desde 1887, Francisco Sosa tuvo la iniciativa de invitar oficialmente a los gobiernos de las entidades federativas para que encargaran, cada una de ellas por su cuenta y costo, las estatuas de sus héroes. Estas se instalarían en el Paseo de la Reforma, antes Paseo del Emperador. A cambio, Sosa se comprometió a escribir la biografía de cada uno de los prohombres de los que se hiciera una estatua.⁸ Dieciséis estados, y el Distrito Federal, participaron en el proyecto y aportaron 34 estatuas. Posteriormente se agregaron dos estatuas más, pero Sosa ya no escribió las biografías respectivas.

Las estatuas, donadas por los estados de Aguascalientes, Chihuahua, Coahuila, Durango, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, Michoacán, Nuevo León, Oaxaca, San Luis Potosí, Sonora, Tabasco, Tamaulipas, Veracruz, Yucatán, y por el Distrito Federal, se colocaron en el tramo del Paseo de la Reforma que va del sitio donde se encontraba, por entonces, la estatua ecuestre de Carlos IV (Juárez y Reforma) a la Columna de la Independencia.

El libro de Sosa fue publicado en 1900, primero en francés, para ser presentado en la Gran Exposición Universal de París, y después en español, ambas versiones en edición de la Secretaría de Fomento. De esta obra se han seleccionado también la introducción y algunas biografías para la presente publicación.

Antes de proseguir con la enumeración de las obras de Francisco Sosa, resulta conveniente hacer un paréntesis que examine algunas de las características principales de los trabajos ya citados. Sosa fue de los primeros en impulsar en México el arte de la biografía entonces muy en boga en Europa. Los compendios de esta naturaleza, a lo largo del Siglo XIX, son comunes y útiles. En México era éste un esfuerzo ejemplar, por inédito y por unipersonal. Tan sólo en tres obras, Fran-

⁸ Las biografías que no escribió Sosa fueron las de Juan José de la Garza y Pedro José Méndez. Estas fueron escritas por el historiador michoacano Jesús Romero Flores. Cfr., la introducción a la edición popular del Metro en tres tomos publicada en 1972.

cisco Sosa produjo casi 400 pequeñas biografías. Cualitativamente hablando, los trabajos de Sosa son también ejemplares. Así, por ejemplo, destaca —contra lo que se acostumbraba por entonces— la imparcialidad, o al menos neutralidad, con que están redactadas. Dos ejemplos. En su *Episcopado Mexicano*, Sosa, un ferviente liberal, escribe desapasionadamente sobre los arzobispos de la ciudad de México. Lo hace tan bien que los conservadores y eclesiásticos aplaudieron su trabajo y, hasta la fecha, lo han reeditado por su cuenta. En la introducción de esta útil obra, que reproducimos aquí, se alcanza a filtrar una fuerte crítica al conquistador español, aunque parece hacerse más por afán de contraste que por antihispanismo. Alberto Ma. Carreño, el erudito prologuista de la obra reeditada por Editorial Jus en 1962, lo hace ver así al informarnos de los vínculos estrechos que guardó y fomentó con España el ilustre escritor y parlamentario.⁹ Este punto de vista puede ser ratificado al leer algunos pasajes de *Conquistadores Antiguos y Modernos*, libro que reseña más adelante.

El segundo ejemplo que puede darse para demostrar la imparcialidad de Sosa es quizás más sutil. Lo puede constatar el lector de *Biografías de Mexicanos Distinguidos*. En el total de 295 biografías —que incluyen desde la del noble guerrero azteca Aqualmetzli hasta la de Benito Juárez o Justo Sierra O'Reilly padre de su contemporáneo, amigo y futuro protector—, no aparece una sola del general Porfirio Díaz. Es cierto que, en 1884, cuando el libro se publicó, era presidente Manuel González y no Porfirio Díaz. Sin embargo, parecería natural que, quien en diversas ocasiones se manifestó porfirista convencido, ofreciera la biografía del soldado liberal, entonces expresidente y ex-secretario de Fomento, institución que publicó una buena parte de sus obras. El propio año de 1884, poco después de la publicación, Díaz regresó a la presidencia y se instaló en ella hasta mayo de 1911. ¿Se necesita una prueba más de neutralidad? En realidad, parece más bien un caso de prurito, ya que Porfirio Díaz se tenía bien ganado el lugar de mexicano distinguido. Por entonces, no se había reelegido una sola vez.

Es el caso que Sosa se propuso, por sí y ante sí, fomentar la producción de biografías y, aunque no se puede decir que creó escuela, su aportación resulta impresionante, tanto en cantidad como en calidad.

⁹ Sosa, Francisco: *El Episcopado Mexicano*, Prólogo de Alberto María Carreño, Editorial Jus, 3^a edición, México, 1962.

Explicaba el propio Sosa a sus lectores, allá por 1884, en su prólogo a *Biografías de Mexicanos Distinguidos*:

“Fomentar en México los estudios biográficos es uno de los móviles que me impulsaron a formar este libro, pues abrigo la profunda convicción de que contribuyen poderosamente al progreso de las naciones.”¹⁰

Una tercera reflexión cabe en este paréntesis y es la de que, entre 1877 y 1900, Sosa no publicó solamente estas obras monumentales, sino múltiples artículos históricos y escritos poéticos y literarios, en revistas y periódicos de la época. Así, su gusto por las obras de arte, esculturas de corte patriótico, etc., lo llevó a escribir un “Estudio artístico-histórico y biográfico”, intitulado *El monumento de Colón* (1877). Otro trabajo de este carácter que apareció el mismo año fue *Apuntamiento para la historia del monumento de Cuauhtémoc*. En un orden parecido, debe citarse su estudio “El Himno Nacional Mexicano. Noticias Históricas”, de 1889 (*Revista Nacional de Letras y Ciencias*) y su *Bosquejo Histórico de Coyoacán* (1890), antes mencionado.

Sosa fue también promotor y editor de obras históricas. Sus estudios y esfuerzos desde la Secretaría de Fomento, bajo el amparo del general Carlos Pacheco, permitieron que se editara la gran obra de Manuel Orozco y Berra, *Historia Antigua y de la Conquista de México*, sobre la que publicó un estudio útil y erudito.

En otro orden de ideas y también durante el mismo lapso de gran producción —las décadas finales del siglo XIX—, Sosa publicó en 1885 sus *Versiones Castellanas de “La Jerusalén Libertada” de Torcuato Tasso* que le valieron gran reconocimiento literario.¹¹

A partir de 1901 sus escritos parecen tomar un giro más crítico-literario; más académico. En efecto, la polémica que sostiene con el sabio historiador Genaro García, con motivo de la obra de éste, titulada *Carácter de la Conquista Española en América y en México, según los escritores primitivos*, le hace escribir dos respuestas. La primera se

¹⁰ Sosa, Francisco: *Biografías de Mexicanos Distinguidos*, Prólogo del autor, Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1884, p. VI.

¹¹ Para una bibliografía completa de Francisco Sosa, cfr.: *Diccionario de Escritores Mexicanos*, Centro de Estudios Literarios, UNAM, México, 1967, p. 370.

tituló: *En defensa propia*, y la segunda: *Conquistadores Antiguos y Modernos*, que apareció en la Tipografía y Litográfica La Europa, de J. Aguilar Vera y Cía. México, 1901.

Todavía hoy, con el sesquicentenario del descubrimiento de América a la vista, la polémica tiene vigencia. En ella, Sosa, el liberal, sostiene la defensa de las ventajas y bondades de la conquista española y ataca esa extensión de la “leyenda negra” que tanto difundió la historiografía anglosajona.

El ensayo que resultó de la crítica a Genaro García incluye varias consideraciones dignas de mención. En primer lugar, Sosa no deja de reconocer los excesos de la conquista española, pero se opone a que se la presente sin matices y sin reconocer, al mismo tiempo, sus aspectos positivos. Posteriormente pasa a criticar lo que percibe como funesta secuela del enfoque anti-hispánico. A saber, la exaltación *per se* de la cultura anglosajona. Para ello, Sosa recurrió a los trabajos del historiador y diplomático argentino Vicente G. Quesada. Pudo ilustrar así la mayor destructividad de las razas anglosajonas en sus conquistas frente a la experiencia hispánica.

Finalmente, Sosa hace una defensa de la mexicanidad frente a los Estados Unidos de Norteamérica y las falsas interpretaciones de la doctrina Monroe. Respecto de la raza mexicana su enfoque es revolucionario, visionario para su época, como cuando afirma que:

“No somos ni indígenas, ni españoles; tampoco criollos como se llama a los descendientes directos de ambas razas progenitoras; ni mestizos que otros dijeron de los hijos de español e india; no, no somos hoy nada de eso. Por normal evolución, lenta pero indefectiblemente producida por el correr de los años y la desaparición de anteriores generaciones, somos mexicanos; o para expresarlo con mayor amplitud: constituimos una nueva raza.”¹²

Sobre la posición de México frente a Estados Unidos, su perspectiva, si bien liberal y equilibrada en lo general, se desborda hasta formular una crítica más o menos abierta al vecino del Norte y, parafraseando a Gambetta, afirma:

“He ahí el enemigo.”

¹² Sosa, Francisco: *Conquistadores Antiguos y Modernos*, México, 1901, p. 56.

Para Sosa, el enemigo es en efecto el imperialismo anglo-sajón. Una especie —en sus palabras— de nuevo “Fausto que no fia el éxito de sus conquistas a sus propias dotes, a sus ardides, a su audacia, sino al Mefistófeles que ha de poner ante los ojos de Margarita las joyas a cuyo brillo se desvanecerán hasta sus últimos escrúpulos”.¹³

Como contrapunto a su metáfora literaria, Sosa cierra su ensayo ilustrando sus argumentos con un caso concreto. Este le sirve para precisar su crítica y alejarla de cualquier cosa que se parezca a una actitud chauvinista. Cita el por entonces discutido caso de las grandes adquisiciones de terrenos por ciudadanos norteamericanos, en Tamaulipas, en tierras de valor petrolero, y las justifica porque como buen liberal defiende, por un lado, el derecho patrimonial de los individuos y, por el otro, el “dominio eminent” que la Nación tiene sobre todo su territorio. Este último, dice Sosa, es “el derecho a legislar, el de nombrar autoridades, el de cuidar el orden, el de administrar justicia, y en esto consisten la autonomía y la soberanía nacionales”.¹⁴

El siguiente trabajo de Sosa también fue de crítica y erudición. No le importó que se tratara del prólogo a la obra de un pensador un tanto conservador como Francisco Pimentel. La larga noticia preliminar de las *Obras Completas de Francisco Pimentel*, en 4 tomos (Tipografía Económica, México, 1903), es en verdad el trabajo de un hombre de letras.

Ajeno a su carácter y a su trayectoria original, parece ser el libro *Breves notas tomadas en la escuela de la vida*. Imprenta de Antonio García Cubas, Sucs. Hnos., México, 1910. Se advierte en esta obra, de carácter psico-sociológico, de corte reflexivo y aproximaciones filosóficas, un deseo de transmitir las experiencias personales de una larga y fructífera vida.

Junto con su interés por la biografía y la crítica histórica, Francisco Sosa cultivó la poesía y la narrativa. Sus colaboraciones en revistas literarias son muchas y destaca su participación en la organización y redacción de semanarios y periódicos de la época, como *El Renacimiento* de Altamirano; *La Libertad* de Justo Sierra; *La Juventud Lite-*

¹³ *Ibid*, pp. 69-70.

¹⁴ *ibid*, p. 74.

raria (semanario de letras, ciencias y variedades) de Enrique Sort de Sáenz y José Peón del Valle; la *Revista Nacional de Letras y Ciencias* y el nuevo *Renacimiento* que, en 1892, editó Olavarriá y Ferrari. En poesía, con lo más destacado de su obra hasta 1888, formó un volumen de sonetos que se publicó bajo el título de *Recuerdos*, más en adelante, y de tiempo en tiempo, siguió publicando poemas en periódicos y revistas. Ejemplos de esta labor se incluyen en la sección antológica de esta publicación.

Perteneció Francisco Sosa a múltiples asociaciones y sociedades académicas. La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el Liceo Hidalgo, la Real Academia de la Lengua Española, la Academia Mexicana y la Real Academia de la Historia. Sobre todo a partir de su participación como miembro de la “Comisión Colombiana”, integrada para conmemorar los 400 años del Descubrimiento de América y que, encabezada por el general Vicente Riva Palacio, viajó a España.¹⁵ En la Península Ibérica, Sosa dio conferencias y sostuvo pláticas, que mucho le distinguieron.

La fama literaria de Sosa lo convirtió en buen blanco de la ironía de la época, como sucedió en 1886 cuando se le incluyó en lo que humorísticamente el periódico *Diario del Hogar* llamó “Panteón Literario de los Inmortales de Anáhuac”, y que redactaron Hilarión Fries Soto y Juan de Dios Peza. Ahí también aparecían otros “santones” como Justo Sierra, Porfirio Parra, Guillermo Prieto, Ignacio Altamirano, Vicente Riva Palacio y Manuel Gutiérrez Nájera, por ejemplo.¹⁶

Francisco Sosa intervino con frecuencia en discursos, homenajes, concursos, y otros actos cívico-literarios, valga mencionar su participación, con Justo Sierra y Casimiro Collado, en el jurado que designó al ganador del certamen literario a que convocó el periódico *El Municipio Libre* en 1888 para seleccionar la obra literaria que se enviaría a la Exposición Universal de París de 1889. Otro ejemplo de este tipo de actividades fue la oración fúnebre que pronunció en las exequias de su antiguo protector y mecenas en la Secretaría de Fomento, el general Carlos Pacheco. Acto al que se presentó el Presidente de la República, general Porfirio Díaz.¹⁷

¹⁵ Alberto María Carreño en Prólogo a *Episcopado Mexicano*, Jus, 1962, p. 9.

¹⁶ Dumas, Claude: *Justo Sierra y su tiempo*, 2 tomos, UNAM, 1986, p. 273.

¹⁷ *Ibid*, t. I. p. 303.

La coronación de su vida erudita la obtuvo, sin duda, al ser designado por su amigo y colega Justo Sierra, Secretario de Instrucción, a la muerte de José Ma. Vigil en febrero de 1909, como director de la muy ilustre Biblioteca Nacional. Su estancia fue corta, pues en octubre de 1912 —durante el gobierno del Presidente Francisco I. Madero—, fue removido, seguramente por sus orígenes porfirianos. Lo sustituyó en el cargo Rogelio Fernández Güell.¹⁸

La carrera política de Francisco Sosa fue el resultado de sus actividades como intelectual liberal. Se puede afirmar que la literatura fue su instrumento fundamental para destacar entre sus contemporáneos. Supo exponer, ciertamente, sus ideas liberales en periódicos y revistas. Inclusive, como ya se vió, sufrió el encarcelamiento por sus actividades políticas en su península natal.

Por generación y por educación fue positivista, aunque no de los radicales, dado su gusto por la literatura, el humanismo, la historia y la poesía. Algo semejante a lo que le ocurrió a Justo Sierra, su contemporáneo y amigo.

Fue porfirista convencido y participó en política, no muy lejos del grupo llamado *Los Científicos*, encabezado por José Yves Limantour, Secretario de Hacienda, y en donde también coincidían personas como el propio Justo Sierra, los hermanos Pablo y Miguel Macedo, Joaquín Casasús, Francisco Bulnes y Rosendo Pineda.¹⁹

Así, por ejemplo, suscribió con ellos el famoso Manifiesto de la Unión Liberal, en 1892, documento sin duda inspirado por su amigo Justo Sierra y que intentaba de alguna manera condicionar la reelección de Porfirio Díaz, y limitar parcialmente las facultades de un Poder Ejecutivo sin contrapeso.²⁰

Con todo, Sosa fue más bien un hombre de letras que un participante activo en política militante. Fue leal a sus protectores, como los generales Vicente Riva Palacio y Carlos Pacheco, ambos secretarios de Fomento con Porfirio Díaz, y responsables en buena medida de las políticas de modernización y crecimiento que se llevaron a cabo du-

¹⁸ Cfr. Carreño, *op. cit.*, p. 10 y Carrete, Rosa María, *op. cit.*, pp. 21-22.

¹⁹ María y Campos, Alfonso: "Porfirianos Prominentes" *op. cit.*

²⁰ Dumas, Claude, *op. cit.*, t. I, p. 313.

rante las primeras etapas del Porfiriato. Quizá por ello sus principales obras fueron publicadas en la imprenta de ese ministerio, un mecenazgo moderno para Sosa y otros hombres de letras de su época. Contra lo que algunos puedan suponer, los políticos de esos años supieron estimular la ciencia y la cultura desde el Estado. Sosa jugó un papel importante en esa tarea.

El ingreso de Sosa a la experiencia parlamentaria se dio en 1898, como diputado por el tercer distrito electoral del Distrito Federal, durante la XIX Legislatura. Sin duda su lealtad, sus servicios en el campo del periodismo y las letras, y su cultura, le valieron tal reconocimiento.

Fue reelecto para el bienio 1900-1902 a la XX Legislatura y, posteriormente, entre 1902 y 1906, a la XXI y XXII, aunque en estas dos ocasiones como diputado por el séptimo distrito electoral del propio Distrito Federal.²¹

Durante sus años como representante popular, Sosa siguió dedicando una buena parte de su tiempo a sus trabajos literarios. En 1904, el Secretario de Hacienda, José Yves Limantour, le encargó la Comisión de Archivo de la Tesorería General de la Nación, misma que aceptó Sosa el 3 de diciembre de ese año.²² Colaboró también traduciendo y publicando artículos sobre la reforma monetaria que la Secretaría de Hacienda auspiciaba y que llevó a cabo en 1905.

Al Senado de la República llegó Francisco Sosa durante la XXIII Legislatura, en 1906. Durante la segunda junta preparatoria al primer periodo de sesiones ordinarias de esa legislatura, el 10 de septiembre de 1906, fue declarado segundo Senador propietario por el Estado de Guerrero y vicepresidente del Senado para ese mismo mes.

En este cuerpo legislativo permaneció Sosa, como Senador por Guerrero, de 1906 hasta marzo de 1913, cuando Huerta disolvió las cámaras durante la XXVI Legislatura. A fines de 1912 obtuvo una corta licencia por motivos de salud.

²¹ *Diario de los Debates...* Cámara de Diputados y Cámara de Senadores. Debo los datos pormenorizados de los nombramientos parlamentarios de Francisco Sosa a mi colega Luis Cacho. (AMC).

²² Francisco Sosa a José Yves Limantour, 3 de diciembre de 1904. En Archivo de José Yves Limantour.

Durante sus años de Senador de la República, Sosa formó varias veces parte de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, fue miembro propietario de la Comisión de Estilo, suplente de la Comisión Segunda de Puntos Constitucionales y propietario de la Comisión de Relaciones, en 1913.²³

Hombre de su época, Francisco Sosa salió del panorama político poco después de terminarse el Porfiriato. El asesinato de Madero y Pino Suárez, y la disolución del Congreso por Victoriano Huerta, lo alejaron definitivamente de la política y lo recluyeron en su casa de Coyoacán. Ahí, entre libros y escritos, vivió un tanto aislado largo tiempo. De acuerdo con testimonios de la época murió en la pobreza en el año de 1925, cercano ya a los ochenta años.

El legado de Francisco Sosa es básicamente cultural y está impregnado de mexicanidad y liberalismo. La participación de Sosa en el régimen porfiriano fue de lealtad a las instituciones y a sus principios y valores, incluyendo los de la amistad y honorabilidad. Sus múltiples libros y estudios todavía resultan hoy de gran utilidad para conocer mejor a México y a los mexicanos.

Alfonso de María y Campos
Junio de 1987.

²³ Datos proporcionados por Luis Cacho.